

Concluida la fiesta hubo un momento de expansion entre indios y españoles, como si sus corazones estuvieran ya unidos por los vínculos de una fé comun: se hicieron mútuos regalos; y los soldados castellanos, con sus ramos de palma volvian á sus embarcaciones satisfechos de su expedicion y ansiosos de llegar á la corte del famoso Mocteuhezuma; aunque temian bastante su poder que tanto ponderaban todos los pueblos.

Caminó la flota por el golfo á poca distancia de la costa, reconociendo sus tortuosas orillas; las aguas se mantenian en una apacible calma; y al débil impulso de una suave y deliciosa brisa llegó la armada española la tarde del juéves santo, al frente de la provincia de Chalchihucuecan, lugar que agradó al comandante español para efectuar su desembarco y mandó anclar sus naves á sotavento de la isla de S. Juan de Ulúa.

CAPITULO XII.

Desembarco de Cortés y negociaciones con Mocteuhezuma.

Apenas se situaron los buques españoles en el lugar donde anclaron, cuando se desprendió de la costa una gran piragua con algunos de los muchos naturales que observaban la llegada de los extranjeros; se dirigieron á la nave en que las insignias reales indicaban estar el gefe, presentándole un regalo de flores y frutas; pero queriendo Cortés entablar con ellos conversaciones, se halló con que su idioma no era entendido por el intérprete Aguilar. Mucho contristó á ambos esta circunstancia; mas advirtiéndole su turbacion D^a Marina, dijo en lengua maya, lo que los indios habian dicho en la mexicana,

lo cual trasmitió Aguilar á Cortés en español. De esta manera se siguió valiendo el conquistador de los dos intérpretes, hasta que el uno comprendió el mexicano y la otra el español.

Impuesto Cortés de las noticias que deseaba, los mandó avisar á Teuhtlile gobernador de su provincia, del deseo que tenia de hablar con él: y la mañana siguiente cuyo dia era Viérnes santo, desembarcó la fuerza en el lugar en que se fundó la ciudad que hasta hoy es conocida con el nombre de Veracruz. En aquel hermoso plano de arena, se construyeron chozas con troncos y ramas de árboles, con el auxilio de los indios: se plantó en el centro del campamento una gran cruz de madera; y en los bancos de arena que habian formado los huracanes, se colocó la artilleria, dominando aquella extensa y arenosa playa. Los indios de los lugares inmediatos venian cargados de toda clase de objetos, de los cuales unos regalaban y otros cambiaban por las baratijas de los españoles, pasándose así dos dias en una pacífica y alegre feria.

El Domingo de resurreccion llegó Teuhtlile con gran acompañamiento en los momentos que se iba á celebrar la misa, á la cual asistieron mezclados los españoles y los indios: despues Cortés obsequió al gefe indígena en su tienda y le manifestó ser súbdito de un poderoso monarca á quien obedecian príncipes y reyes, y el cual teniendo noticia del poderoso rey Mocteuhezuma, lo habia mandado para entablar con él comunicacion y presentarle un regalo que lo asegurara de su amistad. Teuhtlile se sorprendió de saber que hubiera un rey tan poderoso como el suyo y ofreció hacerle saber al monarca mexicano la pretension del comisionado español, despues de lo que le presentó unos regalos que consistian en dos cargas de ropas finas de algodón, algunos preciosí-

simos mosaicos de plumas y un cesto lleno de primorosas figuras de oro.

Cortés dió gracias por este presente y le entregó el regalo destinado á Mocteuhezuma, que consistia en una silla de brazos, pintada y con algunas figuras esculpidas: un gorro de paño carmesí con una medalla de oro y algunos collares de cuentas de vidrio. El gefe indio habia visto á un soldado español un reluciente yelmo, semejante al que tenia en México la estatua que representaba al dios Quetzalechual, que por las tradiciones que habia, respecto de esta divinidad, manifestó deseo de llevárselo á su soberano. Cortés accedió con la condicion de que se le volviera lleno de polvo de oro, con pretexto de reconocer si este metal era semejante al de su tierra. Gomara dice: haberle expuesto que los españoles padecian una enfermedad de corazon, para la que era un remedio específico el oro; y el S. Las Casas expone: "que trató de manifestar muy claramente, al gobierno su necesidad de oro"

Mientras todo esto pasaba, Cortés observó que un indio delineaba una pintura; y sabiendo que el objeto era dar al rey por este medio una noticia mas esacta de lo que ahí pasaba, hizo que su ejército practicara algunas evoluciones, haciendo disparar los cañones, cuyas balas hacian un formidable estrago en los bosques inmediatos; todo lo que llenó de espanto á los indígenas y con la mayor exactitud fué representado en la pintura. Entonces Teuhtlile en medio de sus ceremonias acostumbradas salió del campamento español, ofreciendo volver pronto con la respuesta de su rey, ordenando á sus súbditos proporcionaran á los extranjeros, todo lo que exigia la buena hospitalidad, virtud que poseian los indios en grado eminente.

La embajada azteca comunicada por las postas, llegó á México con extraordinaria prontitud: y esta nueva no-

ticia de las gentes estrañas de quienes esperaban los mexicanos la ruina de su monarquía los consternó sobremanera. Ya antes habia llegado la noticia de la guerra de Tabasco y esto causó gran division en el senado, porque á la vez que unos querian ver en los españoles algunos pacíficos negociantes, otros en virtud de las hostilidades en Tabasco no veian sino declarados enemigos: en esta division, Mocteuhezuma, que arrebatado por su natural orgullo y la grandeza de su poder, contenia su vuelo por la supersticion de su espíritu, se inclinó ante una medida impolítica de las que causan siempre la ruina de los imperios; y sin permitirles entrar á sus dominios, se negó á tratarlos como enemigos y les mandó un regalo tan rico que exitó mas la codicia de los recién llegados.

Despues de ocho dias se volvió á presentarse Teuhtlile en el campo de Cortés, acompañado de dos nobles y cien esclavos que conducian el régio regalo que le mandaba Mocteuhezuma y el cual se componia de multitud de escudos, yelmos y corazas con adornos de oro: collares y brazaletes del mismo metal: sandalias y penachos con cimeras de vistosas plumas atadas con hilos de oro y plata y adornados con figuras de los mismos metales y piedras preciosas: ropas finísimas de algodón y plumas: la celada del soldado español llena de polvo de oro como lo habia pedido el comandante, y dos ruedas tan grandes como la de un coche, una de oro en que se representaba el siglo mexicano y la otra de plata significando el año. Solo la primera fué avaluada en 20,000 pesos de oro, que segun el valor que entonces tenia el peso de oro español, equivalia esta suma, á la de 240,000 pesos mexicanos. (Bernal Diaz cap. 39. Las Casas lib. 3. cap. 120. Prescott. lib. 2º cap. 6º) Entre los esclavos iba uno que fué mandado por la semejanza que tenia con Hernan Cortés segun la figura que de este

se puso en el cuadro presentado á Moctehuzuma y al llegar al campo, los soldados reconocieron de tal modo esta semejanza, que distinguieron al indio con el nombre de «Cortés mexicano.» (Prescott lug. cit.)

Este rico obsequio que fué puesto sobre unas esteras finas á presencia del gefe español, le causó bastante satisfaccion; pero no así la respuesta del soberano azteca, en la que manifestaba mucho placer por entablar relaciones de amistad con el poderoso monarca de los españoles; mas la distancia á que estaba su capital y las dificultades para el viaje, le hacian no admitir la visita que Cortés se proponia y les suplicaba volvieran á su país con las pruebas de amistad que habian recibido. Cortés ocultó la pena que le causaba esta repulsa é insistió, manifestando ser muy pequeños los obstáculos para poner fin á su viaje, despues que habian vencido los peligros de mas de dos mil leguas de navegacion; y añadiendo otro obsequio de poco valor obligó á los embajadores volver á recabar el consentimiento de su soberano para poder pasar á su corte.

La riqueza del presente que estaba á vista de todos los gefes españoles, hizo creer á unos, que el poder de un monarca que hacia regalos de esta clase, seria incapaz de vencerse con tan poca fuerza y opinaban por el regreso á Cuba, para pedir mayor refuerzo; pero otros vislumbraban los temores de los mexicanos y estimulados por el poderoso incentivo de las riquezas, querian marchar cuanto antes á tomar posesion de un terreno tan adecuado á sus deseos. Cortés entretanto guardaba una prudente reserva y para esperar la respuesta de la segunda embajada y tomar tiempo de conocer mejor la intencion de sus soldados, determinó esperar; mas para ocupar la atencion de los que se manifestaban inquietos, hizo salir dos buques al mando de Montejo y dirigido por su piloto Alaminos para explorar la cos-

ta adelante. A los diez dias volvieron los comisionados mexicanos, trayendo otro regalo de menos valor que el primero y por respuesta la misma oposicion de Moctehuzuma para que los españoles penetraran en sus dominios. El se disgustó mucho de esta resistencia; pero sin manifestar á los aztecas su desagrado, dijo á los suyos: «éste en verdad es un rico y poderoso príncipe, y aun cuando sea difícil, algun dia le pagaremos una visita en su capital.»
Mientras volvia Montejo, Cortés hacia que sus capellanes fueran derramando la semilla de la fé cristiana entre los naturales; pero éstos recibian friamente aquellas instrucciones, y fuera por esto ó por las órdenes que tuvieran de sus gefes, se fueron retirando del campo, hasta quedar solos los españoles, recelosa de una conducta tan sospechosa. Con esto, la ociosidad en que se mantenía la tropa y los ardores del sol en aquel descubiertó arenal, alimentaban en muchos el descontento; y á la llegada de Montejo y Alaminos, el campo estaba en una verdadera y alarmante division. Cortés procuraba calmarla sin resolverse á determinacion alguna, cuando llegaron al campamento cinco indios, que por su modo de vestir y su lenguaje indicaron luego no ser mexicanos. Dijeron que eran de Cempoala, capital de los totonecas, nacion poderosa que hacia mucho ocupaba aquellos sitios; pero que teniendo que sufrir como otros muchos pueblos el pesado yugo de los mexicanos, el cual era ya insoponible por el despotismo de los reyes de Tenoxtitlan, y habiendo llegado á oidos de su señor la fama de los españoles, los mandaba invitar para que pasaran á su capital. Cortés hasta este momento ignoraba el estado de cosas en el interior; pero estas ligeras indicaciones, le hicieron descubrir la poderosa palanca con que habia de remover los obstáculos que se oponian á la realizacion

de sus miras: y dando à los emisarios totonecas algunos regalos, les prometió que pronto iría á visitar á su señor como lo deseaba.

Los disturbios seguían entre los soldados, queriendo unos el regreso á Cuba y otros el que se estableciera allí una colonia. Cortés se hallaba algo embarazado para salir de aquella crítica situación y seguramente fué una de las veces que con mas astucia y habilidad se manejó para hacer servir á su intento los mismos elementos que se lo estorbaban. Se condujo de tal modo, que por determinacion unánime de los soldados, se estableció allí la colonia en nombre de los soberanos de España. Se eligieron alcaldes á Portocarrero y Montejo; se nombraron regidores, alguacil, tesorero y demas funcionarios de la ciudad que debia fundarse, á la cual se le designó el nombre de Villa Rica de Veracruz. Las autoridades de esta nueva comunidad civil, prestaron el juramento respectivo y luego Cortés compareció ante ellas para hacer dimision del empleo de capitan general que le habia conferido el Gobernador Velazquez, el cual habia terminado en virtud de haber ya en aquel lugar, autoridad que representara la persona del rey. Los funcionarios deliberaron y llamando luego á Hernan Cortés, le hicieron saber que en nombre de los reyes católicos lo nombraban capitan general y justicia mayor de la colonia, autorizándolo para tomar el quinto de todo el oro y la plata que para lo sucesivo pudiera adquirirse fuera por comercio ó por conquista. De este modo, el astuto Cortés se libró de los que lo estaban importunando para el regreso y quedaba con una autoridad mas amplia tanto en lo político como en lo militar, desprendiéndose de su enemigo Velazquez y cubriendo su responsabilidad con los mismos funcionarios que lo habian elegido.

Ligadas así las voluntades de todos aquellos espíritus turbulentos, hizo Cortés poner á bordo de sus buques

la artillería gruesa y ordenó que éstos hicieran algunos nuevos reconocimientos por la costa, mientras él con su ejército hacian á Cempoala el viaje proyectado. En el primer dia de su marcha, encontraron doce totonecas que venian por su señor, encargados de servirles de guías á los españoles: y ellos mismos proporcionaban víveres á la tropa. Los soldados partidarios del capitan general, á cada paso encontraban un nuevo aliciente para seguir su empresa: á la vez que los del partido opuesto encantados con la belleza de las nuevas perspectivas que en el camino se les iban presentando, olvidaban sus antiguos resentimientos y estrechaban mas y mas la alianza que aquella pequeña porcion de aventuros necesitaba para realizar la gran empresa que acometian.

Al llegar á la ciudad; salieron hombres y mugeres vestidos cada uno segun su clase lo mejor que les fue posible, ostentando las familias principales su multitud de joyas de oro y piedras preciosas, así como las finísimas telas que les servian de adorno en sus casi desnudos cuerpos. Con gran satisfaccion presentaban á los soldados guirnaldas y ramilletes de flores: y coronaron el yelmo del general con una diadema de rosas, poniendo tambien un collar á su fogoso corcel. Embriagados con tanta felicidad, algunos soldados de caballería que se habian adelantado observaron las casas principales tan blancas y relucientes por su esquisito bruñido, que se volvieron locos de contento creyendo haber descubierto una ciudad con edificios de plata: credulidad que los hizo ser objeto de risa para sus camaradas, y que ha descubierto demasiado en el estado de su imaginacion, que no era una chanza lo que decia Cortés á Teuhtlite, de que sus compañeros padecian un mal de corazon, que solo podia curarse con oro. (Prescott lug. cit.) Solis lib. 2º cap. 8º